



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Ensayo

¿Qué psicoanálisis?

Una lectura más allá del psicoanálisis como práctica de
lenguaje Lüscher María Eugenia

Legajo: L5325/2

Docente responsable: Wolkowicz Diana

2024

Agradecimientos

A mis otros.

A mi mamá,

que marcó el camino de libertad y dignidad,

por casi todo.

A mi hermano,

que motoriza.

A Jose, hermana, que desconoce condiciones con su

presencia. A mis amigos y familia,

por hacerme arrancar ganando.

Índice

Resumen y palabras clave 4 Introducción 5 El abordaje simbólico del

síntoma 7 La vertiente de goce en el síntoma 10

¿Qué psicoanálisis? 11 Conclusiones 15 Referencias bibliográficas 17

Resumen y Palabras clave

El punto de partida del trabajo es la etapa denominada simbólica de un Lacan en sus inicios, en la cual el inconsciente, así como el síntoma, junto con la interpretación, y la práctica analítica misma, son comprendidos desde dicha perspectiva simbólica, de la mano de la metáfora y el significante. Este primer paso, introductorio, se vuelve necesario para poder establecer la diferenciación con el síntoma al que empieza a prestar atención Lacan a mediados de su obra, que es el síntoma que rehúsa dirigirse al otro, que esconde una satisfacción e insiste en ella, más allá del principio del placer, y más allá de los artificios que intenten desarticularlo por la vía del sentido. A partir de aquí, con la introducción de la nueva concepción del síntoma, es cuando se abre el gran interrogante del trabajo, que es por el psicoanálisis, por su porvenir, en un contexto que ya no es el de su partida, la práctica analítica de los albores freudianos. El objetivo entonces, es desandar una idea de psicoanálisis que se encuentra con dificultades en la práctica, cuando se lo concibe desde un único prisma, el simbólico, para acercarse al nuevo escenario al que enfrentan los cambios en la concepción de conceptos fundamentales, como síntoma y real. Cambios que acarrear modificaciones para la función del analista, su operatoria la interpretación y, para el psicoanálisis mismo. Ese nuevo escenario está signado por la introducción de lo real a la sesión analítica.

Palabras clave: síntoma, real, interpretación, psicoanálisis.

Introducción

El tema o tópico que aborda este trabajo está en relación con los límites en el tratamiento simbólico de lo real en una experiencia de análisis. La inquietud respecto a esta elección surge a partir de una pregunta por aquellas experiencias de psicoanálisis prolongadas en las que no hay un cese explícito del malestar, del sufrimiento o del síntoma, tras repetidas interpretaciones o intervenciones que van por la vía del sentido.

El supuesto del trabajo consiste en que la experiencia analítica no es esa experiencia netamente simbólica y de lenguaje que suponemos; en la cual trataríamos con síntomas que funcionan a la manera de metáforas, que son plásticos y que acompañan a la interpretación del analista —que también es a su vez, un hecho de

palabras—, y que desarma el síntoma tras algunas intervenciones. Es decir, la hipótesis gira en torno a la idea de que más bien existe algo del orden de lo real presente en la experiencia analítica que va a contrapelo de aquella premisa de tratamiento psicoanalítico en la que el trabajo en un psicoanálisis sería, raudamente, levantar la represión y hacer consciente la satisfacción pulsional sustitutiva. Recordemos una de las definiciones que da Freud (2008) del síntoma, en la “23 Conferencia. Los caminos de la formación de síntoma”. Expresa que, frente a una satisfacción pulsional frustrada, el síntoma viene a ofrecer otra satisfacción que es sustitutiva y que implica una regresión de la libido a estadios anteriores. Además, dice que hay algo del orden de lo extraño en ese otro modo de satisfacción, la persona vive esa satisfacción como un sufrimiento y se queja de ello.

Graciela Brodsky, en una exposición que realiza sobre las distintas definiciones de lo real en Lacan a lo largo de su obra, desarrolla una de las nociones de esta categoría, que permite sustentar la afirmación acerca de la presencia de un real en la práctica del psicoanálisis; un real que pone un límite al poder de lo simbólico en su terapéutica y plantea un obstáculo al tratamiento, que no es sin impasses ni atolladeros. En la noción mencionada de lo real, este vuelve siempre al mismo lugar, se repite por fuera de cualquier movimiento de parte del analista y no significa nada (Brodsky, 2015). En la situación analítica hay algo que se mantiene, más allá de los movimientos y vaivenes del análisis.

Todo lo mencionado, nos conduce a una fase intermedia de la enseñanza de Jacques Lacan, en la que comienza a vislumbrar y a teorizar un costado del síntoma, dejado a un lado hasta el momento, que pareciese contradecir punto a punto al síntoma de sus primeros años, ese que hablaba y que era mensaje. Es decir, a mediados de su obra, en El seminario 10 *La Angustia*, Lacan (2021b) desliza una idea de síntoma, que profundizará con el pasar de los años, y es la de un síntoma que se basta a sí mismo, que no llama al Otro, y que es fundamentalmente goce.

Se abre así entonces, en el trabajo, la pregunta por la interpretación, una pregunta por su alcance en tanto recurso simbólico, en el tratamiento de lo real del síntoma. ¿Cuáles son las posibilidades en el tratamiento sobre el goce y lo real, presentes en la clínica, por la vía de la palabra? Paula del Cioppo, en este sentido, afirma: “En esta línea lo real se manifiesta como cuestionamiento a la tesis según la cual la interpretación de lo reprimido —entendida como desciframiento— permitiría que el síntoma ceda” (2015, p. 74). Ubica de esta manera, cierta insuficiencia en la interpretación a la hora de tratar algo del goce y lo real del síntoma.

También, es aspiración del presente trabajo continuar esclareciendo aquello que encontramos los psicoanalistas cuando nos embarcamos en el viaje de un análisis. El psicoanálisis es difundido en la cultura y en los lugares de formación como *talking cure*, como cura por la palabra. Freud (2008) en “*Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*”, llamaba la regla fundamental del psicoanálisis a que el analizado debe comunicar todo lo que se le pase por la cabeza sin miramientos por las objeciones lógicas, afectivas o morales. Sin embargo, parece existir un costado del análisis renegatorio de la palabra, que se niega a pasar por las coordenadas de esta, que no se debilita por medio de una práctica interpretativa y que resiste. Este trabajo buscará acercarse a dicha parte.

Finalmente, nos proponemos comenzar a pensar modos posibles en el abordaje de eso real, de manera de no perder de vista, debido a lo insoportable del síntoma, aquello que se espera de nosotros, algo de sosiego y el final del recorrido.

Desarrollo

1. El abordaje simbólico del síntoma

En *Lo simbólico, lo imaginario y lo real*, conferencia dictada en 1953, Lacan (2005) introduce y presenta sus tres registros, simbólico, imaginario y real. Con esta distinción marca su enseñanza y la práctica del psicoanálisis mismo. Por otro lado, además de presentar a “sus tres”, establece la superioridad de lo simbólico por sobre lo imaginario y lo real, superioridad que se desplegará durante toda la primera parte de su enseñanza.

En ese momento, Lacan se encontraba retornando a Freud y a los textos freudianos, porque a su entender estaba sucediendo entre sus contemporáneos una degradación y una desviación respecto de la teoría y la práctica del psicoanálisis abierta por su fundador. El extravío respecto de Freud, que Lacan denunciaba y atribuía a los denominados posfreudianos, consistía en el descuido del registro simbólico y de su importancia para la experiencia analítica, derivando ello en una preponderancia otorgada a lo imaginario.

Entonces, con este retorno a Freud es que tiene que ver aquella supremacía otorgada a lo simbólico y también, todo el desarrollo y la teorización sobre la palabra que Lacan realiza en sus primeros escritos. Al comienzo de *Función y campo de la palabra y del lenguaje en Psicoanálisis*, escrito de los mencionados tiempos, Lacan dice: “el discurso que se encontrará aquí merece ser introducido por sus circunstancias. Porque lleva sus marcas” (Lacan, 2021a, p. 231), estableciendo de esa manera, que no puede separarse lo que procederá a enunciar, del contexto en el que se encontraba el psicoanálisis en ese momento histórico.

La situación de la práctica psicoanalítica en ese momento era de desvío con relación a lo que Lacan llama la función de la palabra y también, en relación con el campo del lenguaje. Lo que desembocaba, como consecuencia, en un análisis que desatendía el poder de la palabra y por ello, pretendía arribar a la modificación de las conductas y las costumbres del sujeto.

Es por la orientación que tomó el análisis, que el psiquiatra y psicoanalista francés, emprende el desarrollo sobre la palabra del que es prueba y testimonio *Función y campo*. Según él, el psicoanálisis no puede ser comprendido ni practicado si se ignoran los conceptos que lo fundan, e intenta demostrar que esos conceptos no adquieren su sentido: “sino orientándose en un campo de lenguaje, sino ordenándose a la función de la palabra.” (Lacan, 2021a, p.239). Así, ya en las primeras líneas, comienza hablando de la palabra, el dominio que con mayor pericia debe manejar quién se pretenda psicoanalista, pues se trata para él, del área esencial en el campo psicoanalítico.

En línea con esta orientación, propone a la palabra del paciente como el médium en la experiencia analítica. Y, además, dice que toda palabra llama a una respuesta:

Mostraremos que no hay palabra sin respuesta, incluso si no encuentra más que el silencio, con tal de que tenga un oyente, y que este es el meollo de su función en el análisis.

Pero si el psicoanalista ignora que así sucede en la función de la palabra, no experimentará sino más fuerte su llamado, y si es el vacío el que primeramente se hace oír, es en sí mismo donde lo experimentará y será más allá de la palabra donde buscará una realidad que colme ese vacío.

Llega así a analizar el comportamiento del sujeto para encontrar en él lo que no dice. (Lacan, 2021a, p. 241.)

Se refleja en este pasaje, por un lado, la esencialidad que tiene la palabra y su función para el psicoanálisis que Lacan propone, y por otro, las distorsiones a las que se ve conducida esta práctica como consecuencia de su desconocimiento.

En *Lo simbólico, lo imaginario y lo real* (2005), Lacan se pregunta por aquello con lo que tratamos en el análisis, por la experiencia analítica misma; y responde que dicha práctica sucede enteramente en palabras; que implicarse en la singular experiencia que constituye el encuadre analítico significa “hablar”. Precisa entonces, que debe plantearse la pregunta por la palabra en un psicoanálisis, por la experiencia de la palabra; pues la esencia de la experiencia analítica es, como él lo expresa, su intercambio.

Esta orientación de Lacan dentro del psicoanálisis, la renovación que lleva a cabo en la práctica psicoanalítica, en relación con el campo del lenguaje y la función de la palabra, conducen a la ubicación de lo simbólico como el registro principal en la experiencia analítica, frente a los otros, imaginario y real.

En línea con la prevalencia del registro simbólico, en la conferencia situada de julio de 1953, Lacan expresa, por consecuencia, el carácter no analizable de los fenómenos imaginarios. Es decir, enuncia que para que un fenómeno pueda ser analizado, debe ser simbólico, debe: “representar otra cosa que él mismo” (2005, p.10). Seguidamente dice:

Es precisamente así que hay que entender lo simbólico del que se trata en el intercambio analítico, a saber, que lo que encontramos, y aquello de lo que hablamos, es lo que encontramos y volvemos a encontrar sin cesar, y que Freud ha manifestado como siendo su realidad esencial, sea que se trate de síntomas reales, actos fallidos, y lo que sea que se inscriba; se trata todavía y siempre de símbolos, y de símbolos incluso muy específicamente organizados en el lenguaje, por lo tanto funcionando a partir de ese equivalente *de la articulación* del significante y del significado: la estructura misma del lenguaje (Lacan, 2005, p. 11).

Lo simbólico también resulta aquí, central para Lacan en el análisis. Aquello que especialmente encontramos en la práctica, síntomas, actos fallidos, sueños y chistes, son los fenómenos fundamentales del análisis. Y todos ellos son, en última instancia, símbolos. Estos fenómenos poseen una estructura común, y esa estructura es la estructura del lenguaje.

En el seminario *Las formaciones del inconsciente*, Lacan se dedica a los fenómenos analizables de un análisis, y los reúne a todos bajo la denominación de formaciones del inconsciente. Pues enuncia que tienen una estructura y una forma única, que Freud mismo ya vislumbró tempranamente en textos como la *Psicopatología de la vida cotidiana*, *La interpretación de los sueños*, o *El chiste y su relación con el inconsciente* —fundamentales para este momento de la instrucción lacaniana en cuanto a las enseñanzas que contienen—. Continuando entonces, lo que dice Lacan, es que, en los sueños, en los lapsus, en la agudeza y en los síntomas, se hallan leyes estructurales comunes: la ley de condensación y la ley del desplazamiento —que en lenguaje lacaniano serán la metáfora y la metonimia—. Es decir, que aquello que se encuentra en la base y en el centro de las formaciones del inconsciente, en cada una de ellas, es, en definitiva, el mecanismo del significante.

Por otra parte, Lacan también establece, que se desprende del sintagma *formaciones del inconsciente*, que estos fenómenos ya estudiados por Freud, la agudeza, el síntoma, el acto fallido y demás —agrupados por Lacan bajo aquella denominación—, son productos del inconsciente. Es decir, formaciones.

En el tercer año de su seminario, Lacan (2020) dice que el inconsciente posee una estructura y que dicha estructura es la del lenguaje, que se encuentra determinado por una estructura que es primera y lo determina: la del lenguaje —respecto de la cual él sería segundo—. Es decir, el inconsciente establece su operatoria sobre la estructura del lenguaje. “La verdad del inconsciente habla en sus formaciones —lapsus, chistes, sueños, actos fallidos y síntomas—”, dice Schejtman, en su libro *Sinthome: Ensayos de clínica psicoanalítica nodal* (p.28, 2013). Por lo cual, es en tanto productos del

inconsciente, que estas formaciones son hechos de lenguaje: porque primero el inconsciente tiene estructura de lenguaje.

Las formaciones del inconsciente, como el inconsciente mismo, están estructuradas como un lenguaje, son un fenómeno de lenguaje. Schejtman (2013) lo pone en palabras de la mejor manera:

O, para decirlo con el axioma que sostiene la primera enseñanza de Lacan, que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Y que, en función de eso, la estofa con la que está hecho el sueño, como todas sus formaciones, es el lenguaje mismo, el orden simbólico (p. 27).

Entonces, en consonancia con la preponderancia otorgada a lo simbólico por sobre los demás registros, se encuentran las ideas de inconsciente y, como trataremos de situar ahora, de síntoma, que Lacan establece en el primer tramo de su obra. La teorización que hace de estos, no es sin lo simbólico en el primer plano.

Finalmente, el síntoma, crucial para este pretendido recorrido. Es planteado por el autor francés, como uno de los productos del inconsciente, y, en consecuencia, como fenómeno de lenguaje. Hay solidaridad de estructura entre el inconsciente y sus formaciones, entre inconsciente y síntoma. El síntoma, como producto y efecto del inconsciente, no estará menos ordenado que él, a la manera de un lenguaje.

Una de las definiciones de síntoma dadas por Lacan en este lapso de su enseñanza es de *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, que lo plantea como: “el significante de un significado reprimido de la conciencia del sujeto (...) es una palabra de ejercicio pleno, porque incluye el discurso del otro en el secreto de su cifra.” (2021a, p. 271).

En el escrito de 1957, *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, aparece otra definición, que introduce la metáfora en el enunciado. En ella, el significante del síntoma sustituye al, “significante enigmático del trauma sexual” (Lacan, 2021a, p.485). De modo que lo reprimido aquí, es un significante y ya no un significado; determinando por consiguiente como metafórica la operatoria del síntoma. O sea, hay sustitución de un significante por otro y como resultado, efecto de sentido. Se puede observar, en estas definiciones y en el trato que se le da al síntoma en esta etapa de la reflexión lacaniana, la acentuación de la cara simbólica de este último. Se habla de un síntoma que está hecho de palabras, que es palabra, palabra plena, y portador de una verdad cifrada. Un síntoma enganchado a la cadena simbólica y al sentido. Es el síntoma de los albores freudianos, con su cara de verdad y su llamado al decir.

Consecuentemente, y, por último, la interpretación que se pretende al interior del encuadre psicoanalítico en este momento, no puede ser menos que simbólica. Esto es, si el inconsciente y el síntoma, a esta altura de la reflexión lacaniana, son trabajados como estructuras de lenguaje, la interpretación analítica y el trabajo analítico, se plantean igualmente como simbólicos. El abordaje mediante la interpretación del síntoma, es asimismo simbólico.

La interpretación a la que remite este síntoma, este inconsciente y diríamos, este entendimiento de la realidad humana, es una interpretación que libera el sentido amordazado en un síntoma; que busca volver consciente lo inconsciente. Dice Lacan:

Porque si para admitir un síntoma en la psicopatología psicoanalítica, neurótico o no, Freud exige el mínimo de sobredeterminación que constituye un doble sentido (...) queda ya del todo claro que el síntoma se resuelve por entero en un análisis del lenguaje, porque él mismo está estructurado como un lenguaje, porque es lenguaje cuya palabra debe ser librada.” (2021a, p. 260)

Lo que vemos es, por un lado, una suerte de idea de omnipotencia en la

interpretación; con la cual se podría hacer lo que se quisiese con un enunciado u oración. El síntoma, por su parte, entendido como metáfora, cede, es flexible, acompaña el acto interpretativo. Y el análisis —con las ideas adyacentes de inconsciente, de síntoma, y de interpretación—, concebido de lenguaje, pareciese desentramar el síntoma, sin fracasos, sin restos y sin obstáculos.

2. La vertiente de goce en el síntoma

Una nueva idea de síntoma empieza a aparecer en la teoría de Lacan cuando empieza a poner en forma el registro de lo real.

De manera que en la obra de Lacan no hay “lo” real, ni “el” real, y que lo real como categoría única constituye una construcción lingüística ambigua, vamos a trabajar en el presente ensayo con la definición de lo real del lado de lo que vuelve siempre al mismo lugar.

Según Graciela Brodsky (2015), ya en el seminario 2 de Lacan, hay una prefiguración del registro de lo real, como lo que siempre vuelve al mismo lugar: “Lacan propone esa idea de lo real, que ya tiene el matiz de: no tiene sentido, no significa nada, y se repite una y otra vez, por fuera de cualquier interpretación” (p.34).

Sucede, que en la experiencia analítica hay algo que permanece incólume, que no responde a las leyes del lenguaje, a la interpretación como operatoria simbólica significativa, y que se repite. Hay un real presente en la clínica psicoanalítica, en cada oportunidad en que esta se pone en juego.

De lo que se trata, la forma que encarna lo real que no cesa, la forma que encarna la repetición, es el síntoma. No todo de él; no el síntoma que pasa por la palabra y que se encuentra ligado al sentido. Hablamos del síntoma que Lacan (2021) comienza a pesquisar en el seminario X sobre la angustia. Dice:

En su naturaleza, el síntoma no es como el *acting out*, que llama a la interpretación, puesto que —demasiado a menudo se lo olvida— lo que el análisis descubre en el síntoma no es llamada al Otro, no es lo que muestra al Otro. El síntoma, en su naturaleza, es goce, no lo olviden, goce revestido, sin duda, *untergebliebene Befriedigung*, no los necesita a ustedes como el *acting out*, se basta a sí mismo. Es del orden de lo que les enseñé a distinguir del deseo como goce, es decir, que este último se dirige hacia la Cosa, una vez atravesada la barrera del bien —referencia a mi Seminario sobre la ética—, o sea, del principio del placer, y por eso dicho goce puede traducirse como un *Unlust* —para quienes todavía no lo hayan oído, este término alemán significa displacer. (Lacan, 2021b, p.139)

El síntoma en este nuevo tramo de la enseñanza lacaniana, comienza a implicar un goce. Y se repite, se reitera. Es un síntoma que, por otra parte, no se encuentra dirigido al Otro, si no que, se presenta de forma revestida, y apunta hacia el más allá del principio del placer freudiano que, con la puesta en forma de lo real como registro, cae bajo su jurisdicción. El síntoma aquí, se encuentra asociado a la satisfacción autoerótica y la fijación pulsional, que Freud intuyó desde temprano en el síntoma, junto al sesgo de sentido que también se encuentra en él.

En este nuevo abordaje, la lógica fundamental del síntoma es su silencio. El síntoma en sí, no habla, no pasa por la experiencia de la palabra. Lacan señala el carácter de cerrado sobre sí mismo, “autista”, más bien ligado al cuerpo. Está tomado principalmente en su cara de goce. Es la cara real del síntoma, que prescinde del Otro y de todo lo que pueda referir al sentido.

En esta línea hablaba Freud, cuando pasa de una de sus tópicos a otra, y empieza a hablar de una compulsión a la repetición. Es decir, ya Freud se había encontrado en su práctica del psicoanálisis, con el límite de lo simbólico y con obstáculos al poder de la palabra.

La conexión del síntoma con lo real, viene entonces de la mano de su insistencia y de su empuje. El síntoma no cesa, y no cesa a su vez, porque de ello se desprende un goce.

Esta nueva propuesta del síntoma, como goce que se basta a sí mismo, genera desconcierto cuando se recuerdan las primeras enseñanzas lacanianas, que lo proponían como llamado al Otro. Sin embargo, esto no lleva a Lacan a abandonar y dejar atrás la perspectiva que resalta la verdad implicada en el síntoma, pero sí inaugura una convivencia entre ambas nociones.

3. ¿Qué psicoanálisis?

La intención en este apartado será empezar a ubicar las nuevas coordenadas para el psicoanálisis, a partir de la conmoción de algunos conceptos fundamentales, que modifican las maneras de entender y abordar lo que sucede en la práctica analítica.

La idea previa al trabajo era más bien de que la experiencia psicoanalítica, es una experiencia de lenguaje y que funciona de acuerdo a las leyes del lenguaje. Tal como Viviana Berger (2015) nos ilustra:

Al comienzo del análisis, la luna de miel, “un fuego artificial de revelaciones” en el campo de la significación. El sujeto habla, asocia, busca la causa de sus síntomas, se movilizan los significantes -una fiesta de descifrados y descubrimientos de sentidos ocultos. El sujeto supuesto saber dice lo que el analizante no sabe lo que dice, y el analista, como parte del inconsciente del sujeto, encarna esa instancia del Otro correlativa de la palabra y el lenguaje. Efectos de verdad y alivio del síntoma -es el amor de la transferencia, el saber en la palabra (p. 87).

Sin embargo, algunos hechos en mi línea histórica académica me empiezan a llevar hacia un más allá de este psicoanálisis. Una de ellas, es el testimonio de una paciente de Lacan, sobreviviente del holocausto, estoy hablando de la historia de Suzanne Hommel, o conocido también como el caso Gestapo/Geste à peau, que, en el medio de mi recorrido facultativo, me empieza a acercar a la idea de algo que, en las experiencias analíticas, nos confronta con lo real.

Esto es, lo real en términos de lo que vuelve siempre al mismo lugar, que se repite, y que presenta una resistencia al desplazamiento por el significante. Un real que acaba con esa luna de miel entre significado y significante y lleva un poco a tambalear el juego de la asociación libre. Esta idea, va, en cierto punto, en contra del análisis entendido como paraíso de lo simbólico, en el que no habría más que cambiar el significante S2 de la cadena que forma junto al S1, y así desplazar la significación para por último cambiar el sentido.

En el testimonio de Suzanne, ella, judía, habla de un hecho traumático que se repite, un sueño que reincide por las noches, que interrumpe la función del dormir y despierta. En la hora misma en que la Gestapo tocaba por las noches la puerta de los vecinos alemanes buscando judíos. Su comentario continúa, y cuenta como Lacan, luego de su relato, se pone de pie y acaricia su rostro con delicadeza. Tiene un gesto, le hace una caricia, “geste à peau”, entiende vivazmente ella.

El analista, con su intervención, un acto que va en la línea de un discurso sin palabras, se acerca a transformar Gestapo en geste à peau -gesto en la piel-. Así, puede trastocar, conmover, gracias a la ambigüedad significante que introduce respecto de un decir, en el cual había más bien sentido cuajado. Hace una caricia con un valor significante que, dice la paciente, no disminuye el dolor, su sufrimiento, pero sí lo modifica. A partir del gesto del analista, Gestapo no será nunca más solo Gestapo. Se trata de un acto que, apuesta a metaforizar, es decir, a la sustitución de un significante por otro, en un movimiento que produce un intento de ruptura entre Gestapo y geste à

peau. Y es el gesto en el cuerpo el que consolida la diferencia: no son ambas cosas lo mismo, aunque suenen igual.

Este hecho, toparse en el análisis con un sueño que retorna, y un sufrimiento que como la paciente indica, va a acompañarla toda su vida, además del hecho de que Lacan no elija decirle “geste à peau”, y prefiera poner en juego sus cuerpos, junto con el gesto que tiene de volver a Freud y de reparar en eso que siempre estuvo allí: los límites de la concepción del psicoanálisis como un arte interpretativo, que apoyaría sobre una interpretación que vuelve consciente lo inconsciente, fueron disparadores en mí, de un deseo que buscó y busca, sin ánimos de extinguirse en este trabajo, ir detrás de esos momentos del análisis en los que, atrás de la reiteración de lo mismo, se puede apreciar un límite a, y de, lo simbólico, que llevan a pensar en lo real, con todas las implicancias clínicas que ello tiene para la experiencia psicoanalítica.

Ese real, algunas veces puede ubicarse de entrada, con el silencio y mutismo inicial del síntoma, u, otras veces, luego de largos análisis, con restos sintomáticos que se muestran impasibles ante el trabajo de asociación promovido por el analista, ante la interpretación, ante los efectos de sentido que van por la vía de la palabra.

La presentación de lo real nos conmueve y desorienta, cuando se piensa el trabajo analítico, la práctica, desde una perspectiva únicamente metafórica, simbólica. A la hora de concebir la clínica, pensar exclusivamente en el sujeto barrado, que está dividido, que se equivoca y asocia, resulta limitante, porque la variable sintomática, pensada desde un Lacan de la mitad de su enseñanza para adelante, es más bien reacia a un trabajo de sentido.

En efecto, en los análisis se presentan impasses, vinculados al goce y a su mudez, que dificultan la labor psicoanalítica. Y no solo eso, se impone, además, que pueden resultar consustanciales a la práctica.

El recorrido inaugurado por Lacan, con la nueva definición de síntoma que propone en su seminario sobre la angustia, con un síntoma que empieza a pensarse y acentuarse principalmente en su dimensión fuera de sentido, permite empezar a pensar aquello que, en él, va a contrapelo de la interpretación analítica, que resiste a una resolución por entero y que embarra, o entorpece un poco la situación analítica.

El interrogante, entonces, situado el cambio en la teorización del síntoma, interrogante que, por demás, trascenderá lo que puede ser este recorrido, es por la fortuna del psicoanálisis, su destino, frente a la presencia de algo que no claudica, y se muestra incólume ante una práctica pensada desde el sentido. Una pregunta por la práctica del psicoanálisis, testigo de un síntoma que se repite, incesante, y que no dice nada. La pregunta, mi pregunta, en mayúscula, que eleva el tono de la voz, sería algo así como: ¿cuál es la deriva para la experiencia psicoanalítica, después del síntoma mudo, como puro goce, que se cierra en su iteración? Cuando no contamos con el síntoma como mensaje cifrado que se da a leer al Otro, ¿cómo entra el analista con su operatoria? Y también, ¿cómo seguir cuando el discurso vuelve sobre lo mismo vez tras vez, sin conmociones, sin resultados y sin efectos?

La búsqueda en este trabajo, es por desandar, interrogar, una idea de un psicoanálisis poco interpelada, y de empezar a hilar inquietudes por el abordaje de lo real, de su tratamiento, en la dirección de una cura.

Lacan dice en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, de 1964, que el psicoanálisis es una praxis para “...tratar lo real por medio de lo simbólico” (2021c, p.14). Ahora bien, ¿cuán lejos puede llegarse con la palabra, en el objetivo de operar sobre el goce? ¿qué intervenciones podrían restar por fuera del lenguaje?

La interpretación, la herramienta por antonomasia psicoanalítica, a medida que avanza la obra de Lacan, con la conmoción de aquellos que habían sido sus fundamentos en el inicio, se va volviendo problemática. Cuando el goce hace aparición

dentro de las cuatro paredes en las que se instala la experiencia analítica, se empieza a redefinir la práctica, el lugar del analista, y lo que define su especificidad, la interpretación. Pues ya no se trata de un querer decir, se trata de un querer gozar. ¿Qué resta para la interpretación en estas condiciones? No cae de maduro. Es difícil de precisar porque comienza a desaparecer la finalidad de la comunicación.

Leonardo Gorostiza (2013), en la previa del IX congreso de la AMP, dice que no es conveniente intentar definir lo real, y citando a su vez a Miller, recupera la idea de que la pregunta por lo real, no es una pregunta que sirva formular. No, porque no va en esa dirección lo que sucede en la experiencia analítica, no, porque definir algo es para quien busca una verdad, y lo real no compatibiliza con ella. Asimismo, explica que la formulación de Lacan sobre lo real lo caracteriza como algo distinto al significante, al saber. Inclusive, lo real se perfila como excluyendo el sentido. De modo que, la pregunta que se le impone a este psicoanalista, de la cual nos hacemos eco, es: ¿qué sucede con la práctica del psicoanálisis, que opera por los medios de la palabra, cuando lo real escapa a la palabra, es heterogéneo al significante, y excluye el sentido?

Algo que podríamos decir, o medio decir, porque será solo de manera tentativa, es que un primer paso en esta dirección, será la transformación del estatuto natural del síntoma como goce, en un mensaje a la espera de significación. Buscar la cara verdad del síntoma, cuando no es la forma en que este se presenta, esa a la cual se le supone un sentido, y un saber sobre eso a quién ocupe el lugar de analista. La desnaturalización del síntoma, de la mano del artificio de la transferencia, a los fines de volverlo interpretable, para que, donde supo haber un goce cerrado, puedan advenir efectos de significado.

La operatoria será, una apuesta por el síntoma, con la iniciativa y el deseo del analista, que acoja su mudez y lo ponga a hablar, para poder arribar en algún momento, a un mejor saber hacer, con esa opacidad del goce que insiste. Va a depender del analista y de su deseo, que las dificultades —angustia, inhibición, síntoma—, entren en el discurso analítico, con sus coordenadas, y que el sujeto alcance un mejor arreglo sobre ellas. La apuesta primera será entonces, por que el goce incesante, pueda pasar por las coordenadas del deseo, para así, poder conmover algo de su economía.

Es decir, no podemos prescindir del síntoma transferencial, ni tampoco del juego significante. Será necesario que se despliegue el discurso, para poder acceder al efecto de división del sujeto y finalmente conmover los sentidos anudados que puedan estar enfermando.

El punto de llegada, a su vez, puede ser la reducción del goce, junto con la conmoción de la fijeza y reiterancia que pueda poseer, entendiendo que su eliminación no se encuentra dentro de las coordenadas de lo posible.

También podemos pensar, adelantándonos, ansiosos y curiosos, de la mano de un Lacan ya tardío, que la operación sobre el síntoma será la de una lectura, que no agregue sentido, sino que apunte a diluirlo. Pues el sujeto está enfermo de sentidos, que no conllevan más que padecimiento. La interpretación, en este derrotero iniciado, no propondrá ya nuevos sentidos, sino que, con su gesto, vendrá la posibilidad de deshacer la articulación de destino, apuntando al fuera de sentido.

La lectura pormenorizada y detallada sobre la interpretación y, en específico, sobre la operación de lectura que pueda hacerse sobre el nuevo síntoma, junto con la práctica analítica distinta que inaugura, queda para mí abierta a partir de este trabajo.

Por último, me gustaría hacer unas digresiones finales acerca del síntoma en sí. El síntoma del psicoanálisis no es el de la ciencia médica. Este, en psicoanálisis, resulta totalmente subvertido. Al síntoma psicoanalítico, no lo curamos ni eliminamos. Lo que encontramos en la cotidianeidad de nuestra práctica, son maneras de, para, estar o hacer, que tiene el sujeto. Nada de enfermedades que se deban suprimir o erradicar. En

el psicoanálisis, con el síntoma, se trata de otra cosa, y otra cosa de lo que pueda hacer la medicina con él.

Se encuentra en consonancia, lo que dice Silvia Amigo (2014) en esta línea, en su texto *La autorización de sexo y otros ensayos*:

“Lejos de considerar al síntoma una anomalía, una entidad mórbida a eliminar, el psicoanálisis lo consideró siempre no solo como portador de una verdad cifrada. Ya desde los tiempos de Freud -y con ello el maestro vienés se separó tajantemente de la hipnosis- no se trató para el analista de “eliminar” el síntoma, sino de interrogarlo hasta que a esa verdad la pueda articular el sujeto con un costo menos caro, más tolerable. Freud había afirmado: “Cuando se presentan los espíritus del averno, no hay que despedirlos sin interrogarlos”. El síntoma, en su cara de goce opaco, podrido, es una suerte de espíritu del averno” (p. 107).

Amigo continúa, palabras adelante, y rememora una de las ideas que tenía Freud sobre el síntoma: lo llamaba “formación de compromiso” (p. 107). El síntoma funciona en el sujeto a la manera de un pilar, que puede resultar endeble y cojo, pero también fundamental. Atrás del síntoma, hay un cierto equilibrio y una estabilidad (2014).

En el mismo sentido Lacan (1976) dice: “lo que es llamado un síntoma neurótico es simplemente algo que les permite vivir. Ellos viven una vida difícil y nosotros intentamos aligerar su incomodidad” (párr. 31). En esta línea habla también Alexandra Kohan (2022), cuando escribe *Elogio del síntoma*. Elogio... puede sonar excesivo, pero se torna necesario cuando proliferan estos discursos higienistas que corren detrás de una armonía absoluta. Para ella, no hay manera de pensar al sujeto, de acuerdo con cómo se lo concibe en psicoanálisis, sin pensar en su síntoma. Es difícil eludir el malestar en la experiencia del sujeto. Lo que no implica que no haga la salvedad de que no todos los síntomas son iguales, hay síntomas y síntomas.

Conclusiones

En la obra lacaniana aparece primero un síntoma que es conceptualizado en su costado de verdad, que se interpreta, así como se interpreta un sueño. En cambio, hay otro, en un momento posterior, que es tomado en su cara, que parece testaruda, que insiste luego de haber sido interpretado.

Haber situado en el escrito estas dos nociones de síntoma, este cimbronazo que da Lacan con el cambio de enfoque que hace en un momento de su trayectoria, va en dirección hacia empezar a responder una pregunta que aparece en mi recorrido personal, acerca de las dificultades que surgen como consecuencia de pensar al psicoanálisis como una práctica de palabra, en la que todos sus conceptos son entendidos y abordados de una manera simbólica. Se trata de una pregunta por esos momentos del análisis que hacen pensar en una impotencia del psicoanálisis como praxis, para abordar y aminorar algo del sufrimiento, del síntoma, en tanto se lo entienda, junto al inconsciente, a la interpretación, y a la práctica misma, como exclusivamente significante, metafórica, o de sentido.

El síntoma como constelación de significantes, mensaje, —que se dirige a otro, y que se aborda por medio del arte interpretativo, que vuelve consciente lo no consciente, que levanta la represión—, no se correspondía con aquello que aparece muchas veces en la práctica: síntomas que, a pesar de todo, no cesan. Aquel síntoma no permitía pensar eso que resiste al avance del análisis, los análisis que giran en redondo, las asociaciones que retornan sobre lo mismo una y otra vez. De allí que se vuelve una necesidad lógica, situar el cambio en la definición de síntoma para poder empezar a ubicar aquello de lo real que permanentemente retorna. Había que dar un paso más allá de la lógica significante que Lacan había sostenido en gran parte de su obra. Así es que,

que el síntoma que Lacan empieza a teorizar es el nombre de lo que vuelve una y otra vez y, pone en jaque los conceptos que sostenían la práctica hasta el momento. Con este síntoma, con la entrada de lo real en la sesión analítica, la función del analista, la noción de interpretación, y la práctica misma, se ven alteradas y trastocadas. Lo que encontramos es que lo real hace a la experiencia analítica, tiene un estatuto clínico, tiene un rol, un papel sobre lo que sucede dentro de las coordenadas analíticas. Cuando nos interrogamos por los problemas de la clínica psicoanalítica, debemos pensar en él.

La tarea analítica es laboriosa. El análisis no es el trabajo tipo automático, de transferencia, asociación, interpretación y cura. Hay de eso, pero hay también síntomas obstinados, defensas, impasses, embrollo.

De modo que, la pregunta después de esta constelación de cosas, es por el tipo de psicoanálisis, por la operación analítica por parte del analista, cuando se tiene enfrente a un síntoma que se encuentra como enajenado en su satisfacción, que no le dice nada a nadie, y que —importante— en el mientras tanto, conlleva dificultades para el analizante. El interrogante también es por la interpretación, cuando los conceptos a los cuales se encontraba ligada en su operatoria, ya no son lo que eran, cuando también, algo resta después del desciframiento de la verdad del síntoma.

Como hemos dicho, la interpretación es un acto de palabras, de sentido, que trata de operar sobre un goce que no lo tiene. De manera que la pregunta que se presenta es: ¿Cómo tocar el goce con el significante?

Las modificaciones conceptuales que Lacan fue introduciendo en conceptos tales como síntoma, inconsciente, real, no pueden menos que tener consecuencias sobre la función de la interpretación, del analista, sobre el análisis.

Finalmente, el punto de llegada de este trabajo no es ni podría ser la dirección de una cura, tampoco algo así como un manual de reglas y directrices en las que apoyar la función analítica. Nos encontramos solos en nuestra práctica, sin contar el apoyo que podemos hacer sobre la ética y la atención flotante, además del deseo del analista, que anima nuestra operación analítica.

Quedarán por profundizar, acabado este recorrido, los nuevos modos que adquiere la interpretación.

Referencias bibliográficas

Amigo, S. (2014). "El phylum del padre". En *La autorización de sexo y otros ensayos* (pp. 107-114). Buenos Aires: Letra viva.

Berger, V. (2015). "Lo real en la clínica". En *La clínica y lo real* (pp. 87-92). Olivos: Grama ediciones.

Brodsky, G. (2015). "La clínica y lo real". En *La clínica y lo real* (pp. 9-60). Olivos: Grama ediciones.

Del Cioppo, P. (2015). "Lo real como obstáculo". En *La clínica y lo real* (pp. 73-76). Olivos: Grama ediciones.

Freud, S. (2008). 23 conferencia. "Los caminos de la formación de síntoma". En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2008). "Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico". En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.

Gorostiza, L. (2013). Anfibologías de lo real. En *Un real para el siglo XXI* <https://www.congresamp2014.com/es/template.php?file=Textos/Anfibologias-de-lo>

real_Leonardo-Gorostiza.html

Kohan, A. (2022). "Elogio del síntoma". En *Un cuerpo al fin* (pp. 109-127). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1976). Conferencia en la Universidad de Yale. En *El psicoanalista lector* <https://elpsicoanalistalector.blogspot.com/2008/12/jacques-lacan-conferencia-en-la.html>

Lacan, J. (2005). "Lo simbólico, lo imaginario y lo real". En *Lacanteria freudiana* <https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.5.1.4%20%20%20LO%20SIMB,%20LO%20IMAG%20Y%20LO%20REAL,%201953..pdf>

Lacan, J. (2016). *El Seminario V: Las formaciones del inconsciente*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2020). *El Seminario III: Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2021a). "Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis". En *Escritos 1* (pp. 231-310). Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Lacan, J. (2021a) "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón". En *Escritos 1* (pp. 461-487). Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Lacan, J. (2021b) *El Seminario X: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2021c) *El Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Schejtman, F. (2013). "Dos versiones del síntoma en Lacan". En *Sinthome: Ensayos de clínica psicoanalítica nodal* (pp. 25-40). Olivos: Grama ediciones.